

II

En su gabinete de trabajo, Florisa Barel, con el codo sobre la mesa y la mano en la barbilla, serena y grave, escribía. La ilustre escritora, que, con la publicación de tres novelas notables, y con los sensacionales artículos acerca de la "Condición de la mujer en el siglo XX", insertos en la *Revue française*, había conquistado puesto excepcional en la literatura contemporánea, tenía veinte y ocho años de edad y era bella con belleza sin artificios. Muy morena, con ojos grises, semblante pálido de correcto óvalo, labios algo gruesos, cuando sonreía llenábase de delicioso encanto su rostro meditabundo. Alta, esbelta, con las manos blancas y afiladas, mostraba en la actitud arrogante de la cabeza resolución firme, casi varonil. Vestida con traje negro, sin adornos, escribía tranquilamente, pero sin detenerse, con esa segura facilidad de un cerebro fecundo y bien equilibrado.

Ante ella, sobre la mesa, entre plumas y papeles,

una copa de bronce contenía cigarrillos. Pero Florisa nunca fumaba trabajando. A dos pasos de ella, tumbado en una butaca, dormía un magnífico sabueso con manchas negras y rojas. El cuarto de trabajo de la escritora, no se distinguía por rebuscamientos decorativos. Era un saloncito Luis XVI, con muebles de laca blanca, tapizado de seda antigua. La biblioteca ocupaba todos los muros de la estancia, y, colgados acá y allá, preciosos grabados de Helleu ofrecían encantadoras y enigmáticas figuras femeninas. Un busto en barro, de Florisa, modelado magistralmente por Rodin, lucía sobre la chimenea, en la cual acababan de consumir varios troncos. Porque la escritora era muy friolenta. El tiempo transcurría y Florisa seguía trabajando, llenando, con su letra grande, cuartillas y más cuartillas, y, por la longitud desigual de los renglones, era fácil comprender que trabajaba en una obra dialogada. La pluma corría rápida, á impulsos del pensamiento, y las preguntas y las respuestas se sucedían apresuradamente, como atropellándose. Al fin, se detuvo, tachó las últimas y frunció el ceño. Releyó la cuartilla que acababa de escribir, la dejó caer sobre la mesa, soltó la pluma y movió la cabeza con aire de disgusto. Con ademán resuelto, recogió las cuartillas, las encerró en un cartapacio y lo guardó en un cajón de la mesa. Luego, exhaló un suspiro, se levantó y dió un par de vueltas por el gabinete para desentumecerse las piernas, mientras que el sabueso, que acababa de despertarse, golpeaba blandamente, con la cola, la

seda de la butaca en la cual continuaba tumbado. La joven tomó un cigarrillo, lo encendió y, recostándose en el diván, permaneció inmóvil, dejando escapar de entre los labios, á largos intervalos, tenues espirales de humo.

Florisa Barel, cuyo verdadero nombre era Juana de Meyrieux, era hija natural de la condesa de Meyrieux, que fué célebre, durante el segundo Imperio, por su belleza y por sus aventuras. Al verse viuda, cuando el Conde tuvo la comodidad de morir de un ataque apoplético, después de una famosa partida de *baccarat* en el Club, la encantadora señora de Meyrieux, careciendo de recursos, se valió de su hermosura para asegurarse la existencia. Ricamente sostenida por el obeso Goldscheider, estuvo temporalmente apasionada por el joven de Trames, entonces teniente de cazadores, y este fué, según todas las presunciones, el padre de Juanita. La señora de Meyrieux intentó inútilmente que Goldscheider aceptase una paternidad inverosímil. El banquero, ante las manifestaciones y protestas de su hermosa amiga, contestaba con flema germánica:

— Si no he podido tener hijos, en mi matrimonio con la señora de Goldscheider, que es una mujer honradísima, ¿cómo quiere usted que pueda yo creer que esa niñita es mía? Sin embargo, no quiero que se diga que mi presencia en la casa donde ha nacido esa pequeñuela, no le ha proporcionado alguna ventaja. Voy á constituir, á su nombre, una pensión vitalicia que le asegure, cuando sea mayor de edad, la

renta correspondiente á un capital de trescientos mil francos.

Así lo hizo. Y cuando á los veinte y dos años, Juana quedó sola en el mundo — su madre expió en larga y dolorosa enfermedad todos los goces impuros de su vida, — se encontró con diez mil francos de renta, que le daban derecho á la independencia y á la honradez. Había recibido educación esmeradísima en uno de los mejores colegios de Versalles. Pero cuando, los domingos, iba á visitar á su madre, había oído y había visto muchas cosas que le enseñaron lo que hubiera debido ignorar. Concibió tal horror hacia el vicio, que su juvenil inteligencia quedó despojada por completo de ingenuidad. Su precoz experiencia la inclinó á acerbidades críticas que hubieran podido trocarse en malignidades, si el corazón de la joven no hubiese sido esencialmente bueno y generoso. Adquirió desde la infancia el hábito de observar y de juzgar. Sobre esto, á medida que avanzaba en desarrollo intelectual, demostró tales aficiones comparativas y tendencias tan acentuadas hacia las generalizaciones filosóficas, que llamaron prontamente la atención de sus maestros.

Afortunadísimamente para ella, en el colegio de las hermanas Jardy, donde estudió, la enseñanza de las letras estaba encomendada á un antiguo profesor de retórica que, por achaques físicos, renunció á la cátedra del Liceo, para no verse expuesto á las irrespetuosas jugarretas de que era objeto por parte de los alumnos. El señor Babín, hombrecito estevado

y de rostro grotesco, como esculpido en una castaña de Indias, era un educador admirable que, en la soledad de su vejada existencia, había desentrañado y se había asimilado todas las riquezas clásicas de la literatura. Contentísimo con el hallazgo de aquel cerebro joven y potente que cultivar, papá Babín se encariñó con Juana y se consagró apasionadamente á dotarla de intensa y extensa erudición. La hizo leer los grandes escritores de los siglos XVII y XVIII, ayudándole á que comprendiera y á que saboreara la profundidad filosófica y el encanto que atesoraban. Imaginativamente la llevó á pasear por los Jardines de Port-Royal y la familiarizó con los enciclopedistas. A los diez y ocho años, la señorita de Meyrieux, hija de una cocota que llamó la atención en el paseo de las Acacias, se hallaba en disposición de aprobar de un tirón el bachillerato y de presentarse, sin esfuerzo, á practicar los ejercicios de licenciatura.

Pero jamás pensó en obtener diploma alguno, salvo el certificado superior de aprobación de estudios, para satisfacer el amor propio de las hermanas Jardy. Triunfó en el exámen, y, tan brillante fué el triunfo, que le aconsejaron que ingresase en Sèvres. No aceptó la indicación. Papá Babín soñaba algo mejor para ella. Le pronosticaba magnífico porvenir en la literatura.

— Mire, querida niña — le dijo — el profesorado es lo peor de todo. Nadie imagina las ferocidades y las ingratitudes de que son capaces los niños. Es

preciso tener verdadera necesidad de ganarse el sustento, para consagrarse á la instrucción de la juventud. Usted, que ha de ser independiente, no se deje esclavizar la inteligencia. Desenvuélvala libremente. Escriba. Desde Jorge Sand hasta hoy, no veo mujer que haya contado con facultades literarias tan brillantes cual las de usted. Ha recibido usted el más hermoso de los dones: la originalidad. Lo que usted escribe es personalísimo, no se parece á lo que los demás escriben. ¡ Ah, querida niña, qué obras puede producir, contando con un instrumento de expresión como el que posee !

El anciano valetudinario había dirigido, con entusiasmo, á su alumna hacia la literatura, y le había formulado su horóscopo diciéndole: Serás poderosa y grande. Con amplia comprensión de las cosas, Juana se había dado cuenta de lo difícil que iba á ser su situación social cuando se encontrase en edad de abandonar el colegio de las señoras Jardy. Vivir con su madre, le hubiera producido horror. Debía, pues, asegurarse el porvenir. La necesidad de una profesión que imprimiese carácter de seriedad á su vida y que le granjease respeto, se imponía imperiosamente. La carrera literaria, formalmente seguida, en aislamiento laborioso, fué la que eligió tras razonado examen.

Con enérgica voluntad, había comenzado el período de preparación, cuando falleció su madre, dejándole muebles magníficos, alhajas soberbias y encajes principescos.

Juana, desconcertada, no hubiera sabido cómo salvar todas las dificultades de la situación, á no haber contado con el auxilio de papá Babín. El viejecito se encargó de todas las gestiones. Pero, en el establecimiento de pompas fúnebres, recibió una sorpresa. Desde el día del fallecimiento, tres caballeros, muy distinguidos y muy ricos, se habían presentado para responder á los gastos de los funerales. Así se enteró el señor Babín, y se enteraron los caballeros, en medio de su tristeza, de que habían sido partícipes de los favores de la difunta. Juana de Meyrieux puso de acuerdo á los tres pretendientes, sufragando ella, de su bolsillo, el entierro de su madre. Luego, vendió los muebles, los encajes y las alhajas, y, asistida por los consejos de su antiguo profesor, alquiló un cuarto en la calle de Jouffroy, lo amuebló sencillísimamente y vestida de riguroso luto, comenzó el aprendizaje de la vida literaria.

Era muy bella, muy distinguida, y tenía aspecto de juvenil princesa; todo esto allana muchos tropiezos en la vida, pero crea otros muchos que no conocen las muchachas feas. La primer vez que Florisa Barel — había adoptado, desde el principio, un nombre de guerra — se presentó en las oficinas de la *Revue française*, causó sensación. El ordenanza se apresuró á acompañarla al despacho del secretario de redacción, señor Malatiré, un normando calvo, con la dentadura estropeada por la sidra, y que llevaba veinte años vengándose, en sus queridos compañeros, del dolor amargo que le producía su

impotencia creadora. Instalado en la secretaría de la redacción, como un verdugo en la sala del tormento, infligía á la prosa de los colaboradores del periódico, el suplicio de la cuerda, del potro y de los borciguies. Cuando una novela salía de sus manos, estaba estropeada. Y, con sonrisa displicente, el torturador decía á las víctimas:

— ¡Vean cómo es preciso escribir para la *Revue*!
¡Así se entra en la Academia!

Cierto día, Florentino Beaucaire, el gran escritor realista, contestó á la frase sacramental:

— Entonces ¿hay que entrar como los guardianes de un serrallo? ¡Muchas gracias! ¡Prefiero continuar como estoy!

Viendo á Florisa Barel entrar, en aquel triste despacho, tapizado de verde, amueblado de caoba, como la oficina de un subregistrador, Malatiré se puso de pié, gruñendo, señaló una silla con el asiento relleno de crin, y, sonriendo, con sonrisa repugnante que puso de manifiesto la verdosa dentadura, exclamó:

— ¿A qué debo, señora, el honor de esta visita?

— Le traigo á usted, caballero — contestó la joven, con voz armoniosa — un estudio acerca de la *Condición de la mujer*...

— ¡Oh! ¡Oh! — refunfuñó Malatiré, examinando malignamente á Florisa. — ¿La señora escribe, y sobre cuestiones tan graves? ¡La condición de la mujer! ¡Eh! Para tratar ese tema, haría falta un cerebro del calibre del de Montesquieu... A pesar de que, respecto á Montesquieu, habría mucho que

hablar... Pero, en fin, ... hoy, nos daríamos por satisfechos.

La joven escuchó impasible, los descorazonadores comentarios del secretario de redacción; luego, con sencillez encantadora:

— ¡Dios mío! Caballero, yo no puedo dar más que lo que tengo... A usted le corresponde juzgar si mi trabajo ofrece algún interés...

— Esa es mi obligación — interrumpió rudamente Malatiré. — Pero, en pocas palabras, dígame cómo ha entendido el asunto.

Florisa, sin desconcertarse por la presunción y brusquedad del personaje, comenzó á hablar, y, á medida que desarrollaba la explicación, clara, conmovedora y original, Malatiré ponía gesto más y más hosco. Al cabo de un momento, el secretario de redacción interrumpió á la joven, y, con acento glacial, le dijo:

— Déjeme ese estudio. Ya le enviaré contestación. Servidor de usted, señora.

Se levantó á medias del sillón, y siguió con mortecina mirada á Florisa, que se dirigía hacia la puerta, convencida de que el paso que acababa de dar era perfectamente inútil, y de que su estudio estaba juzgado de antemano. Pero, apenas había cerrado la puerta, cuando Malatiré tomó el manuscrito, desató la cinta que lo sujetaba y se puso á leerlo, anotando al margen las observaciones, con lápiz rojo. Quince días después, Florisa tuvo la satisfacción de corregir sus primeras pruebas, y la sorpresa de descubrir,

en las cuartillas de su trabajo, notas de este género: « ¡Muy justo!... ¡Imitado, de Pascal!... Bossuet lo ha dicho en otra forma. ¡Oh! ¡Oh! ¡Conoce el siglo xvii!... Tomado de Arnaud... Ver cartas de la Maintenon. » Pero, á pesar de estas pedantescas observaciones, Malatiré hizo que se admitiera el trabajo de Florisa, cambió de actitud hacia ella, y cuando la joven iba á la redacción de la *Revue*, la sonrisa con que la recibía el ordenanza de secretaría, demostraba la influencia que la escritora había adquirido ya en la casa.

Cierto día que la joven se hallaba en el despacho de Malatiré, charlando con éste acerca de Bossuet, su autor favorito, sin previo anuncio ni preparación, el secretario tomó la mano de Florisa, se la llevó á los labios y, con los ojos parpadeantes y la boca contraída, comenzó una declaración amorosa. Florisa, con más ganas de reír que de incomodarse, retiró la mano, interrumpió á su adorador, y, con mucha dulzura, se quejó de la traición. « Volvamos á Bossuet », le dijo. Pero el pobre hombre no quería oír nada. Había quemado las naves y sólo sabía repetir: « Amo á usted. Nunca he encontrado una mujer como usted; acépteme por marido. Juntos, disponiendo de la *Revue*, dominaremos la literatura contemporánea ». Florisa, con amistosa tranquilidad, explicó á Malatiré que no quería sacrificar su independencia y que, el derecho de hacer lo que se le antojara, era privilegio al cual no renunciaría en ningún caso. En cambio, añadió que estaba dispuesta á considerar á

30615